

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Montoneros, hacia un estado de la cuestión.

Bartoletti, Julieta.

Cita:

Bartoletti, Julieta (2005). *Montoneros, hacia un estado de la cuestión*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/358>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

“Montoneros: hacia un estado de la cuestión”

Julieta Bartoletti, F y L, UBA/ Escuela de política y Gobierno/UNSAM

A pesar de lo escaso de la producción específica, encontramos que existen en la literatura sobre el periodo un conjunto de afirmaciones, hipótesis e imágenes muy fuertes. Este conjunto de preocupaciones compartidas es significativo en el marco de un corpus que, sin embargo, es bastante discontinuo, y en el cual escasean las referencias cruzadas¹. La selección que se presenta aquí es por supuesto provisoria y deberá ampliarse. Sin embargo, en ella puede apreciarse con claridad puntos de coincidencia, fuertes hipótesis y claras diferencias o debates.

James: los límites de la Izquierda Peronista

El artículo de James de 1976², sobre la “izquierda peronista”, es de alguna forma “fundante”, ya que muchas de sus afirmaciones son retomadas por los trabajos posteriores (aunque es llamativa la escasez de referencias al mismo). Su aporte puede sintetizarse en cuatro grandes cuestiones que hacen a nuestro tema.

En primer lugar, James inserta a Montoneros en el marco más amplio de la “Izquierda Peronista” (en adelante IP), cuyo desarrollo estaría “enraizado” en la dicotomía peronismo-antiperonismo. Para James esto significa que, en primer lugar, su carácter “de izquierda” es definido a partir del rechazo moral a la traición a Perón y a su proscripción. Este rechazo era, realmente, en sí mismo de izquierda, y hacía innecesario (y evitaba) toda definición programática concreta al regreso de Perón al poder, y todo desarrollo ideológico alternativo. En segundo lugar, en relación a la posibilidad de un desarrollo organizativo independiente, este estaba limitado por la inorganicidad y el “verticalismo” del movimiento peronista, en el cual la pertenencia de las diversas corrientes internas esta sujeta a la sanción de reconocimiento o rechazo del líder exiliado (ni hablar de internas).

En segundo término, en el marco de esta IP, Montoneros representa para James la llegada de una nueva generación peronista, compuesta mayoritariamente por una

¹ Salvo en los casos en que hacemos mención específica, las relaciones y coincidencias entre autores y temas las hemos establecido sin mediar citas explícitas en los trabajos.

² James, Daniel, (1976), "The peronist left, 1955-1975", *Journal of Latin American Studies*, 8(2), pp. 273-296.

clase media peronizada recientemente, que, careciendo de experiencia en el movimiento, lo idealiza: ve al peronismo inmerso en un conflicto generacional, que debería resolverse por medio del “trasvasamiento generacional”, que eliminaría la influencia de la burocracia sindical, que era el único obstáculo para que las masas y el líder revolucionario recobraran su vínculo perdido y emprendiesen la guerra revolucionaria. Por otra parte, en esta visión hay una lectura parcial de Cooke, ya que su énfasis en la necesidad de dar una estructura de partido revolucionario al peronismo, es abandonado a partir de la tesis del vínculo directo con Perón. Su visión de la clase obrera es así a la vez pasiva e idealizada, y esta resguardada de cualquier desengaño gracias al “deus ex machine” de la burocracia sindical, culpable de cualquier realidad que no encajara en su visión idealizada. Esta visión es compartida por Montoneros y sus adherentes, unidos en ella a partir de su “background” similar.

En tercer lugar, James señala dos puntos de quiebre en la trayectoria de Montoneros. Uno estaría dado por el “giro” de Perón hacia la derecha del movimiento, que desmiente su convicción de que es un líder revolucionario, y frente a la cual reaccionan con “improvisaciones ideológicas” (como la famosa idea de la “convergencia táctica y diferencia estratégica” con Perón) que mantienen básicamente intocadas las convicciones básicas señaladas. Un segundo quiebre es la intensificación de la represión parapolicial, que congela todo debate, haciendo prioritaria la acción, precisamente en el momento que una mayor autonomía era factible, a causa del desarrollo organizativo logrado por Montoneros (sin precedentes en la IP), de la superación de la dicotomía peronismo-antiperonismo y de la muerte del propio Perón.

Por último, señalando el carácter crítico de su visión de la IP en el artículo, se pregunta si hubiera habido posibilidades de desarrollos alternativos³, especialmente dada la intención de Perón mismo de impedir el desarrollo de la izquierda de su movimiento. Destaca que, por otra parte, en el contexto de la aparente incompatibilidad

³ Esta reflexión es muy similar a la de Godio quien, en un texto de 1977, señala que si bien acuerda con las críticas que se hacen a la izquierda peronista, el punto de partida para las mismas debe ser preguntarse por qué los críticos, en su momento, “carecían de fuerza para que la historia siguiera otro camino” (p.7). Ver Julio Godio “Perón y los Montoneros”, mimeo, Maracaibo, Universidad del Zulia, Facultad de Cs. Económicas y sociales, marzo de 1977.

entre peronismo y statu quo, y la constante represión y constante respuesta militante, “todo parecía posible”⁴.

Gillespie: Soldados de Perón

Gillespie, en el libro escrito en el 82, y traducido en el 87⁵, y que aún hoy es el único dedicado específicamente a Montoneros, coincide en muchos aspectos con los argumentos desarrollados por James⁶.

En primer lugar respecto de la visión del peronismo, destaca su total aceptación de la “mitología peronista”⁷, como resultado de su desconocimiento e inexperiencia, de su necesidad de probarse como peronistas (proveniendo muchos ellos del antiperonismo)⁸, y su creencia en que el pueblo, al ser peronista, no podía equivocarse⁹. Señala que, contrariamente a un “mito predominate”, no había una especulación con la muerte de Perón¹⁰, sino que su fe en el “revolucionarismo” de este era sincera¹¹.

Estas creencias son las que le permiten transformarse en la principal fuerza radical argentina, ya que está impregnada de “los mitos populares dominantes y de las ilusiones e ideas erróneas de la época”¹², logrando, a pesar de carecer de teóricos de relieve, darle al catolicismo radical, al nacionalismo y al peronismo una expresión de “populismo socialista” que aglutina una gran riqueza de legitimidad histórica¹³

Junto a esta visión, Gillespie destaca como factor importante en sus “éxitos” el hecho de que eran la organización más pragmática y política¹⁴. Gillespie señala que tanto en su propio autorretrato, como en su análisis del peronismo, había un “culto

⁴ Este análisis es básicamente idéntico al que presenta en su libro más reciente sobre el peronismo “Resistencia e integración”, en el que reitera su análisis de la lectura parcial de Cooke y en la conversión de la burocracia sindical como “deus ex machine” del reformismo de la clase obrera. Desaparece aquí la idea de dificultad de pensar en desarrollos alternativos, que es reemplazada por un afirmación sumamente crítica de la incapacidad de los jóvenes de clase media para comprender la naturaleza de la identidad peronista de la clase obrera. Ver James, Daniel, (1990), *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*, Bs. As., Sudamericana.

⁵ Gillespie, Richard (1987), *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalbo.

⁶ Nos referimos, naturalmente a James (1976). Sin embargo sólo lo cita de forma general en la bibliografía, sin referencias concretas a lo largo del texto.

⁷ Gillespie, op. cit, p.72

⁸ Gillespie, op. cit, p. 99

⁹ Gillespie, op. cit, p. 103

¹⁰ Gillespie, op. cit, p. 136

¹¹ Gillespie, op. cit, p. 72

¹² Gillespie, op. cit, p. 164

¹³ Gillespie, op. cit, p. 99

¹⁴ Gillespie, op. cit, p. 154

implícito a la acción”¹⁵, dando más importancia “a la estrategia y el método que las definiciones políticas e ideológicas”¹⁶, a partir del cual elaboran un discurso atractivo por su carácter dicotómico, según el cual el peronismo se componía históricamente de dos tendencias, burocrática la una y revolucionaria la otra; y lo que las distinguía eran los métodos que utilizaban”¹⁷. Por otra parte, Gillespie encuentra que la mencionada capacidad política y pragmatismo se reflejan en la elección del nombre y los objetivos de su accionar¹⁸, entre los que destaca la cuidadosa propaganda armada del período 70-72¹⁹ y su posterior vuelco a la actividad política de masas²⁰. Según Gillespie, antes de este vuelco, Montoneros implementa una estrategia de propaganda armada cuidadosamente elaborada: no hay asaltos a guarniciones militares ni enfrentamientos armados deliberadamente provocados, el uso de la violencia ofensiva es mínimo, y hay una cuidadosa selección de objetivos, concentrándose en operaciones simbólicas, para las que eligen las fechas de los aniversarios peronistas, los ataques contra símbolos del privilegio oligárquico y la opulencia, así como la intervención en conflictos sindicales. La popularidad lograda mediante esta acción, se verá reforzada posteriormente por su decisión de apoyar y participar activamente de la campaña electoral²¹.

Así, para Gillespie, su visión del peronismo “impregnada de los mitos dominantes” y su capacidad política y pragmatismo, son los elementos que les permiten transformarse en la principal “formación especial” peronista, logrando una extraordinaria capacidad de movilización. El autor refuerza este argumento señalando que el ERP o las FAP, a pesar de sus “sagaces análisis” no lograban equiparar en reclutamientos a Montoneros²².

Por otra parte, también como resultado de estas creencias, por considerar que “el movimiento peronista era básicamente una alianza de clases revolucionaria cuyas metas estaban en la liberación nacional y la revolución social”²³, Montoneros no desarrolla “una estrategia independiente para lograr el poder”, dependiendo “de que

¹⁵ Gillespie, op. cit, p.132

¹⁶ Gillespie, op. cit, p.74

¹⁷ Gillespie, op. cit, p.132

¹⁸ Gillespie, op. cit, p.154

¹⁹ Gillespie, op. cit, p. 141-2

²⁰ Gillespie, op. cit, p. 152

²¹ Gillespie, op. cit, p. 142-145

²² Gillespie, op. cit, p. 164/5

²³ Gillespie, op. cit, p. 72

Perón y su movimiento fueran verdaderamente revolucionarios”, ya que “su estrategia consistía en operar a través del Movimiento (...) conquistando el mayor terreno político posible” (de aquí su denominación de “movimientistas”). Sus “medios de avance político – una purga de los burócratas y traidores del movimiento, y su rejuvenecimiento generacional (...) - eran pasos que ellos podían reclamar, pero no conseguir por cuenta propia”²⁴.

Por todo esto, el punto de quiebre en su trayectoria es, para Gillespie, el giro de Perón hacia la derecha de su movimiento y sus “ataques” a los Montoneros²⁵. A partir de ese momento su estrategia “movimientista” fracasa²⁶ como resultado de su debilidad organizativa y económica, sin la cual sus demostraciones de fuerza por medio de su capacidad de movilización se transformaron en “exhibicionismo”²⁷, y no logran impedir su desplazamiento de todos los espacios de poder dentro del gobierno y del movimiento²⁸.

Como consecuencia, para Gillespie el principal problema de Montoneros radicaba en la mencionada debilidad “organizativa y económica”. En relación a la primera señala que “las grandes multitudes que estos solían movilizar no podían equipararse legítimamente con el apoyo numérico para un proyecto político revolucionario. (...) En general eran movilizados mediante consignas y por la expresión de posturas políticas específicas que, por lo general, no estaban vinculadas con ningún proyecto global de transformación de la sociedad; y también mediante el atractivo emocional de las concentraciones y marchas de los Montoneros con su colorido, sus cantos, su redoble de tamb0res, su exhuberancia, su sentido de la fuerza y de la solidaridad y su extrema arrogancia. La adhesión a las organizaciones pro-montoneras expresaba a menudo un deseo de cambio, pero un cambio que parecía confuso y desarticulado, y que así permanecía”²⁹.

Para Gillespie esta debilidad “era resultado directo de la herencia recibida por las organizaciones de masas consistente en las estructuras burocrático-autoritarias y los procedimientos elitistas que caracterizaron a todas sus formaciones especiales, sobre

²⁴ Gillespie, op. cit, p.161

²⁵ Gillespie, op. cit, p. 181

²⁶ Gillespie, op. cit, p. 198

²⁷ Gillespie, op. cit, p.173

²⁸ Gillespie, op. cit, p.198

²⁹ Gillespie, op. cit, p. 173/74

todo a Montoneros³⁰. A su vez, estas estructuras eran fruto, en primero lugar de su “temprano aparatismo”, esto es, “una convicción que equiparaba el éxito con la expansión del aparato militar y político”, que “se incrementaría conforme el núcleo de la guerrilla se convertía en un movimiento³¹; y en segundo lugar de la adopción de un “sistema de mando vertical autoritario”, que “sobre todo (...) se debía a la creencia de los guerrilleros de que, al fin y al cabo, ellos no eran estrategias políticos³², sino, como dice el título del libro, “soldados de Perón”. En este sentido, señala que si bien las discusiones internas fueron más fáciles antes de salir la identidad de sus miembros a la luz pública, no hubo esfuerzos de fomentar o formalizar los procedimientos democráticos en la toma de decisiones”. Por otra parte, consideraciones de seguridad hacía que los aportes de la democracia interna pudieran verse “fácilmente contrarrestados por las pérdidas que pudieran producirse como resultado de la infiltración, de la fuga de informaciones y de la creación de facciones antagónicas³³”.

La debilidad económica es básicamente su falta de arraigo en los sindicatos más poderosos, y expresaba la imposibilidad “de eliminar las huellas de su origen elitista” (“las guerrillas urbanas eran una iniciativa procedente ‘de arriba’ (...) y no la respuesta a una amplia exigencia popular³⁴”). Montoneros nunca “superó la línea divisoria entre la guerrilla y los sindicatos: una línea impuesta por las exigencias de seguridad (...), basadas en el anonimato y el aislamiento, y además una línea divisoria de clases que separaba ante todo a los luchadores de clase media de una clase obrera generalmente reformista³⁵”. Montoneros solo logró superar esta “cuarentena social” a fines del 72, con su vuelco a la campaña política, sin embargo, “su repudio constante de los líderes sindicales” disminuía su atractivo entre los trabajadores³⁶.

Gillespie señala que a partir del giro de Perón a la derecha, el comportamiento político de Montoneros es errático y vacilante. Dice que esto es fruto de una incredulidad que produce parálisis³⁷, y los lleva a buscar disimular sus diferencias con

³⁰ Gillespie, op. cit, p. 173

³¹ Gillespie, op. cit, p. 115

³² Gillespie, op. cit, p. 115

³³ Gillespie, op. cit, p. 115

³⁴ Gillespie, op. cit, p. 87

³⁵ Gillespie, op. cit, p. 155

³⁶ Gillespie, op. cit, p. 155

³⁷ Gillespie, op. cit, p. 181-2

Perón esperando un gesto de este volcándose a su favor³⁸. Pasan meses antes de que pierdan su ingenuidad y finalmente, la muerte de Perón impide una rectificación de sus creencias y su estrategia “movimientista”³⁹.

Por último, un segundo quiebre es el impacto de la creciente represión de la triple A, ya que esta lleva al regreso a la resistencia, y con esta a una reorganización en la cual se especializan y escinden las estructuras militares y políticas⁴⁰; y al choque cada vez más frecuente de los criterios militares sobre los políticos en sus decisiones tácticas, con el resultado del predominio de los primeros (debían optar entre profundizar su relación con el movimiento de masas o mantener su aislamiento por cuestiones de seguridad)⁴¹.

Por otra parte, sus elecciones de objetivos para la acción militar, a diferencia de la de la primera época de propaganda armada, comienza a perder su capacidad para generar simpatías entre la población. La política de “ajusticiamiento” de líderes sindicales, primero y de venganza contra figuras vinculadas a la triple A, no logra despertar simpatías, las primeras por no ser compartidas por la mayoría de la clase obrera⁴², y las segundas porque en la mayoría de los casos requieren una amplia difusión de quiénes son y porque se los “ejecuta”, difusión que era cada vez menos factible dada la censura imperante⁴³

De Riz: utopía sin proyecto político

Otro trabajo, también escrito con anterioridad a la restauración democrática, específicamente en 1981, es el de De Riz⁴⁴, quien, si bien comparte con James (1976) y Gillespie (1987) el análisis de los vínculos entre Montoneros y los fenómenos sociales subyacentes, difiere tanto en el uso que da a este argumento, como en su caracterización del fenómeno al que se vincula. Más que la clase media recientemente peronizada, enfatiza el carácter de “nuevo actor colectivo” portador de una “utopía de

³⁸ Gillespie, op. cit, p. 184

³⁹ Gillespie, op. cit, p. 189

⁴⁰ Gillespie, op. cit, p. 221

⁴¹ Gillespie, op. cit, p. 248

⁴² Gillespie, op. cit, p. 209/210

⁴³ Gillespie, op. cit, p. 232

⁴⁴ De Riz, Liliana, (1981), *Retorno y Derrumbe. El último gobierno peronista*. Bs. As., Folio Ediciones, México.

cambio radical”, pero sin un programa concreto de acción. En este sentido, para la autora, la radicalización de fines de los sesenta habría significado el surgimiento de nuevas formas de politización (antiburocráticas, antiautoritarias) pero no el surgimiento de nuevas identidades políticas. Y así, en su explicación, esta relación de Montoneros con un “fenómeno social subyacente”, es claramente una limitación, ya que Montoneros quedaría totalmente subordinado a las acciones y decisiones de Perón. En consecuencia, para la autora, al igual que para James (1976) y Gillespie (1987), el punto de quiebre es también el “giro” de Perón, que habría dejado “indefensa” a la juventud radicalizada⁴⁵, especialmente identificada con Montoneros, por su falta de un proyecto concreto de acción.

Los años ochenta: trabajos sobre la “violencia política”

El trabajo de Hilb y Lutzky⁴⁶ inaugura una nueva línea de análisis, marcada por lo que Tortti⁴⁷ ha denominado “crispación ético-política” característica de los años de regreso a la democracia. En este sentido, la revalorización de la democracia llevó a una mirada en la cual la “violencia política” (a partir de la cual se realiza el abordaje de las organizaciones armadas) aparece en gran medida desvinculada del conflicto político mismo, y se explica a partir de la reducción de este a la guerra, y la desvalorización de la democracia. De forma fuertemente normativa, el análisis se limita a destacar el carácter antidemocrático del discurso de la “Nueva Izquierda”, y en especial de las organizaciones armadas. Así, puede decirse que la voluntad de caracterizar en función de la visión normativa, debilita toda posible capacidad de explicación a partir de trabajo de análisis de los discursos que realizan los autores.

Cabe destacar sin embargo, una coincidencia de este tipo de análisis con los previos, en el sentido de explicar la popularidad de las organizaciones armadas a un fenómeno social partir de la coincidencia de su visión de la política (en este caso no del peronismo, sino de su reducción a la guerra) con la visión de sus adherentes.

⁴⁵ Otro trabajo, publicado en 1983, que comparte la visión de esta coyuntura como el punto de quiebre, así como la incapacidad de respuesta frente a ella (incredulidad), es el de Bernetti. Ver Bernetti, Jorge Luis (1983) *El peronismo de la victoria*, Legasa

⁴⁶ Lutzky, Daniel y Hilb, Claudia (1984) *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*, Bs. As., CEAL.

⁴⁷ Tortti, María Cristina (1999) “Protesta social y ‘nueva izquierda’ en la Argentina del GAN” en Pucciarelli, A. (comp.) *La primacía de la política*, Eudeba

Este tipo de análisis se encuentra muchas veces implícito en numerosos trabajos⁴⁸ y, en relación al tema específico de este Estado de la cuestión, es especialmente notable el desplazamiento que produce del punto de quiebre en la trayectoria de Montoneros (identificado en los trabajos previos a partir del “giro” de Perón) hacia su transformación en una organización “terrorista” a partir de la negativa a abandonar la organización militar luego del regreso a un régimen democrático, y su resultante aislamiento respecto de la sociedad que antes los había apoyado. Esta afirmación, sin embargo, no es refrendada en nuevos análisis que refuten las afirmaciones de Gillespie (1987) respecto de continuado crecimiento de Montoneros en el período posterior a las elecciones de 1973, lo cual hace aún más evidente aún el trasfondo normativo de dicho análisis.

En este sentido, el trabajo de M. M. Ollier⁴⁹ representa una excepción notable, especialmente considerando que fue editado en 1986, y por ende producido en plena vigencia de la mencionada “crispación ético-política”. La autora destaca, en primer lugar, que la condición para que el discurso de la guerrilla fuese popular era su “verosimilitud” en el contexto político autoritario y proscriptivo, retomando en este sentido una voluntad analítica, más allá de la condena a la depreciación de la democracia. Desde este punto de partida, radicalmente diferente, propone analizar las peculiaridades de Montoneros que explicarían su hegemonía dentro del “peronismo revolucionario”. De forma muy sintética, podemos destacar ciertas coincidencias y diferencias, así como innovaciones en relación a las líneas de análisis ya descriptas.

Coincide con Gillespie (1987) en que la popularidad de Montoneros se debe a su carácter “pragmático y político”, carácter que describe en términos de su tendencia a

⁴⁸ Un caso especialmente notable es el de Claudia Hilb (2003), quien extrema este razonamiento al punto de señalar la existencia de una equiparación entre el uso de la violencia por el Terrorismo de Estado y las organizaciones armadas. Sin llegar a este extremo, un trabajo de Lenci (1999), por ejemplo, señala la responsabilidad de las organizaciones armadas en la incertidumbre respecto de las posibilidades de consolidación democrática en 1973, ya que “que no se desarmen”, no “optan” por la democracia, intentando transformar las elecciones en “algo que no son” (revolución?), sin ir más allá de su naturaleza militar y antidemocrática como explicación de esta actitud. Ver Hilb, C. (2003), “La responsabilidad como legado”, en: C. Tcatch (comp.), *La política en consignas. Memoria de los setenta.*, Bs. As., HomoSapiens ediciones; y Lenci, María Laura (1999) “Cámpora al gobierno, Perón al poder. La tendencia revolucionaria del peronismo ante las elecciones del 11/3/73”, en Pucciarelli, A. (comp.) *La primacía de la política*, Eudeba

⁴⁹ Ollier, María Matilde (1986) *El fenómeno insurreccional y la cultura política, 1969-1973*, CEAL, Bs. As.

privilegiar la unidad en la acción por encima de las definiciones políticas e ideológicas, siendo el grupo más dispuesto a “negociar para juntar, poco atado a principios y excesivamente lanzado a la acción militar” (24)⁵⁰. En relación a esto último, nuevamente coincide con Gillespie (1987), aunque tal vez con mayor énfasis, en el carácter predominantemente militar de la organización, que nunca habría sido abandonado a pesar de la adopción de la actividad política de masas.

Por otra parte, y vinculado a este énfasis, su análisis se diferencia claramente de los previos, en primer lugar, en cuanto al punto de quiebre en la trayectoria de Montoneros, en lo que coincide con Hilb y Lutzky (1984) en ubicar en su transformación en una organización “terrorista” a partir del regreso a la democracia. En este sentido, también una línea de análisis similar a la de Hilb y Lutzky (1984) respecto de explicar la popularidad de las organizaciones armadas como un resultado de un proceso de reducción de la política a la guerra, que es lo que explicaría para la autora el carácter militarista de Montoneros (más que su origen de clase media).

En segundo lugar, se diferencia por su visión de la relación de Montoneros con Perón. Para Ollier (1986) esta es claramente instrumental, y esta signada por la convicción de que, más allá del carácter revolucionario de los objetivos de Perón, ellos podrían obligarlo a tomar ese curso una vez en el poder. La autora propone que Montoneros “ha leído bien a Perón”, y serían, en este sentido, muy parecidos al líder.⁵¹

Por último cabe destacar el aporte de esta autora en relación a su análisis de un interesante proceso de desplazamiento entre los discursos para “convencer” y los análisis propiamente dichos de las organizaciones armadas. En este sentido señala especialmente las consecuencias negativas de tres aspectos centrales de sus discursos “para convencer”: la concepción de la sociedad dividida en dos bloques (pueblo y opresores), de la violencia como reveladora de la verdad, y de la inevitabilidad del

⁵⁰ Este rasgo es destacado en una reciente investigación de Lucas Lanusse, quien busca refutar lo que llama el “mito de los 12” de Gillespie, analizando la trayectoria de los diversos grupos que confluyen en Montoneros. Más allá de su caracterización de estos, que coincidiría en líneas generales con lo que aquí caracterizaremos, siguiendo a Ollier (1986), como explicaciones de la popularidad de Montoneros a partir del análisis de fenómenos sociales subyacentes, es destacable su afirmación del contraste entre Montoneros y FAP, en relación a la dificultad que la organización centralista y cerrada de las FAP creaba para aquellos militantes deseosos de integrarse a ella, y la apertura de Montoneros, que es para Lanusse, en su primer periodo, muy parecido a una laxa federación de grupos dispersos a lo largo del país. Ver Lanusse, Lucas, (2003), “Los orígenes de la organización Montoneros. Cristianismo, peronismo y revolución”, trabajo presentado en las IX Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Córdoba

⁵¹ Ollier, op. cit, p. 24

triumfo revolucionario. Estos habrían sido cada vez más guías para la acción en un sentido literal, llevando no sólo a un injustificado optimismo, sino también a errores de análisis en cuanto a la situación política y a un cada vez más acentuado militarismo. Habrían sido, en términos de Ollier, “prisioneros de una ilusión”⁵² Encontramos aquí una explicación alternativa de la profundización del militarismo y la pérdida de habilidad política que Gillespie encuentra a partir del fracaso de la “estrategia movimientista”.

Un trabajo publicado simultáneamente al de Ollier (1986) es el de Sigal y Verón⁵³, del cual, en relación a nuestro objetivos, podemos destacar su profundización de la idea de “instrumentalidad” de Ollier, ya que postula que la adopción de una identidad peronista es simplemente una “camiseta” que la clase media radicalizada utiliza para “acercarse al pueblo”. Más allá de esta afirmación, es interesante su análisis de la relación entre Montoneros y Perón, que desarrolla a partir de la idea de “la trampa”. Sin entrar en detalle en su análisis del discurso político peronista (que desarrollamos más adelante), cabe destacar que este remite, de cierta forma a lo que James (1976) analiza en términos de las limitaciones al desarrollo de la IP en general. Por otra parte, a partir de enfatizar que el nudo del problema se encuentra en esta relación con Perón (o su “dispositivo de enunciación” en términos de los autores), perciben al igual que Gillespie (1987) y James (1976), el giro de Perón como punto de quiebre en la trayectoria de Montoneros, y en la total incapacidad de respuesta frente a este.

Fines de los 80 y principios de los 90: nuevos aportes sobre la IP

En primer lugar podemos incluir el trabajo de Gillespie sobre Cooke⁵⁴, en el cual encontramos que, básicamente, que a partir del análisis de la trayectoria de Cooke, el autor señala las limitaciones de la IP en términos bastante similares a lo planteados por James, enfatizando específicamente el papel de Perón. Para Gillespie (1989), este es el “eterno problema de la IP”⁵⁵, que debe optar entre la ruptura con Perón y el aislamiento consecuente, y el mantenimiento de cierta ambigüedad en sus relaciones y en sus definiciones ideológicas y políticas.

⁵² Ollier, op. cit, p. 31

⁵³ Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (1986) *Perón o muerte. Las estrategias discursivas del fenómeno peronista*, Legasa, Bs. As.

⁵⁴ Gillespie, Richard, (1989), *J.W. Cooke. El peronismo alternativo*, Bs. As., Cántaro.

⁵⁵ Gillespie (1989), op. cit, p. 62

En segundo lugar, mencionaremos el trabajo de Gil, del mismo año, sobre la IP⁵⁶. Nuevamente, reencontramos algunas de las afirmaciones del trabajo pionero de James (1976), en relación a las dificultades que enfrenta la IP para llevar sus definiciones políticas e ideológicas más allá de las declaraciones de fidelidad a Perón y de la lucha por su regreso. Es sumamente interesante su análisis del impacto del cordobazo y la radicalización posterior en la evolución de las diferentes organizaciones identificadas con la IP, a partir del cual introduce la idea de un punto de quiebre “inicial” en la trayectoria de Montoneros (a diferencia de los trabajos hasta aquí analizados que sólo toman en cuenta un punto de quiebre que podríamos denominar “final”). Gil propone que a partir del cordobazo, la discusión y el debate sobre cuestiones centrales en los intentos de la IP de avanzar en su definición política e ideológica, como la relación entre socialismo y peronismo, sobre el movimiento peronista, sobre la estrategia revolucionaria, etc, quedan totalmente interrumpidos por la necesidad de pasar a la acción⁵⁷. Y señala que es a partir de esta necesidad que logran la hegemonía las corrientes más “verticalistas” y “voluntaristas” de la IP, ya que se postula la necesidad de unidad frente al enemigo común. Para Gil a partir de ese momento la acción

⁵⁶ Gil, Germán Roberto, (1989), *La Izquierda Peronista (1955-1974)*, Bs. As., CEAL. Otro trabajo sobre la IP, posterior, es el artículo de Bozza. En este trabajo, fuertemente centrado en la trayectoria de Cooke como “exponente” de la de la mayoría de la IP, es llamativa la ausencia de referencias a los trabajos aquí mencionados, especialmente, a este trabajo de Gillespie sobre Cooke. Ver Bozza, Juan A. (2001) “El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de radicalización, 1959-1969”, *Sociohistorica*, N° 9/10.

⁵⁷ Esta idea de interrupción de un proceso en curso de definiciones políticas e ideológicas en la IP es también analizada por Cullen, quien, a diferencia de Gil (1989), ubica este punto en la hegemonía de Montoneros, en cuya organización burocrática y elitista, dividida en bases y oficiales, el debate se hace imposible.

Otro trabajo que plantea una idea similar es el de Gurucharri, quien describe lo que denomina la “rebelión de las bases”, como el éxodo de los militantes de la IP hacia las nuevas organizaciones, lanzadas a la acción directa, a pesar de las críticas que sus posturas despertaban en los militantes y dirigentes más viejos de la IP. Señala asimismo que la represión que siguió al Cordobazo y al asesinato de Vando, golpearon muy fuertemente a las organizaciones más políticas de la IP, y favoreciendo por ende el desarrollo de las clandestinas, mejor preparadas para enfrentarla.

Por último, podemos mencionar dos trabajos de Anzorena que también destacan esta idea de quiebre a partir del Cordobazo, y presenta una idea similar a la de Gurucharri de la “rebelión de las bases” (especialmente a partir del testimonio de Andrés Castillo sobre la unificación de la Juventud Peronista). Ver Rafael Cullen “Guerrilla, peronismo y clase obrera. José O. Villaflor. Dirigente sindical y militante de una organización político militar de los 70’ ” (Reportaje) Cuadernos de debate, año 2, N° 4, s/f.; del mismo autor, Taller historia desde abajo “Clase obrera y peronismo, 1943-1968. Algunas hipótesis para el análisis de su relación”. Cuadernos de debate, s/f. ; Gurucharri, Eduardo (2001) *Un militar entre obreros y militantes* Colihue, Bs. As.; Anzorena, Oscar (1989) *JP: historia de la Juventud Peronista (1955-1988)* Del Cordón, 1989, Bs. As.; y Anzorena, Oscar (1998) *Tiempos de violencia y utopía. 1966-1976* 1º ed., Contrapunto, 1988, Bs. As., Edición ampliada, Bs. As., edición del Pensamiento Nacional.

reemplaza a la coherencia ideológica. Refuerza su argumento a partir de las disímiles trayectorias de FAP y Montoneros: mientras los primeros prosiguen con el debate interno sobre las definiciones mencionadas, Montoneros se lanza sin más a la acción, priorizando la identificación “por los medios”, antes que por la afinidad ideológica.

En este sentido, reencontramos, con un nuevo fundamento, en este caso relacionado al contexto, las afirmaciones de Gillespie (1987) y Ollier (1986) sobre la incidencia del carácter “pragmático” de Montoneros en su popularidad⁵⁸.

Destaca asimismo la debilidad de Montoneros, derivada para el autor de su carácter “ortodoxamente” peronista, que encuentra reflejado en su reconstrucción de la “doctrina del enemigo” del peronismo, a partir de la cual define su estrategia de acción política. Según esta el Estado es concebido como un eje arbitral interclasista que debe ser recuperado de las manos de la oligarquía usurpadora, para ser devuelto al pueblo. Montoneros, para Gil, construye su estrategia de acción a partir de este esquema, reemplazando al Estado por Perón, a la oligarquía usurpadora por la derecha del peronismo, y al pueblo por ellos mismos. Coincide, y profundiza en este análisis las implicancias ya mencionadas por James (1976) de la lectura parcial de Cooke y por Gillespie (1987) de la estrategia movimientista⁵⁹. Concluye que, dadas estas limitaciones, el regreso de Perón significó la muerte de la IP, ya que, ante su imposibilidad de desarrollar una estrategia independiente, se enfrenta a la necesidad, impuesta por la dependencia respecto de Perón y sus acciones una vez recobrado el poder, de optar entre su carácter peronista y su carácter de izquierda⁶⁰. Coincide así con el punto de quiebre (final) propuesto por los trabajos de James m(1976) y Gillespie (1987)..

Por otra parte, la idea de James de los límites de la IP, es desarrollada y profundizada en el interesante trabajo de Salas, tanto en su libro de 1990, como en artículos posteriores⁶¹. Este autor plantea que a partir del 55’ se da un proceso complejo de redefinición de la identidad peronista, que a pesar de su fuerza y de lo que

⁵⁸ Recogiendo expresamente la idea de “identificación por los medios” de Ollier (1986)

⁵⁹ Nuevamente el autor explicita esta continuidad, recogiendo la idea de Gillespie (1987) de la dependencia de Perón como resultado de la carencia de una estrategia propia para alcanzar el poder

⁶⁰ Gil, op. cit. p 77

⁶¹ Salas, Ernesto, (1990) *La Resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*, CEAL (297), Bs. As. y Salas, Ernesto, (1994), “Cultura popular y conciencia de clase en la resistencia peronista”, en *Ciclos*, año IV, Vol. LV, N° 7, 2º semestre.

James (1976) denomina su carácter “herético” (y que Salas analiza en términos de capacidad para generar el mayor enfrentamiento interclasista de la historia argentina), esta basada en una definición de sí mismos en términos de una contracara simétrica del otro (represión, gorila, etc). Señala que este tipo de construcción identitaria facilita y de hecho promueve, una “idea de unidad de los opuestos que estallaría en las dos décadas siguientes”⁶². En este sentido, desde posturas ideológicas opuestas, la unidad estaba asegurada en función de la común oposición al antiperonismo. Encontramos aquí un análisis que profundiza el fenómeno observado por James, extendiendo las consecuencias de la antinomia peronismo – antiperonismo más allá de las limitación política, ideológica y organizativa de la IP, llevándolas hacia una explicación de la explosión del enfrentamiento entre la derecha y la izquierda peronistas una vez logrado el regreso de Perón.

En este sentido, Salas nos proporciona un abordaje sumamente interesante, y diferente al propuesto por Sigal y Verón (1986), para aproximarnos a lo que Gurucharri (2001) describe en una metáfora admirable como el “limbo ideológico” del peronismo en los años de la proscripción.

Sigal y Verón (1986) encuentran los fundamentos de la imposibilidad de definir al peronismo en términos ideológicos (y este es el origen de las inacabables polémicas sobre su carácter de izquierda o derecha), en su forma particular de construir su relación con el sistema político democrático. Para los autores, el peronismo resuelve el problema de todo discurso político en el marco de un sistema democrático, es decir competir por la identificación con las entidades u colectivos (patria, nación, pueblo) con otros actores, de forma particular: en lugar de descalificar la palabra del otro, descalifica al otro en sí, a partir de un “vaciamiento del campo político” operado sobre la negación del carácter político e histórico del momento. Perón define su acción en el marco de una “hora grave” de decisión trascendental, en la cual opone a los proyectos políticos su proyecto patriótico, opone sus verdades a las ideologías de los demás. Perón se posiciona como exterior al pueblo y a la vez como portador de “la” verdad”. Los otros son reducidos a términos morales, a la falsedad o el error, a la pura alteridad.

Salas, en cambio, presenta un análisis en términos mucho más claramente sociales y políticos. Retomando la idea de James de la importancia del contexto de la

⁶² Salas (1990), op. cit., p. 104

antinomia peronismo antiperonismo, postula que esta, más que las operaciones discursivas de Perón, o por lo menos, como sustento que los hace verosímiles (pensando en términos de Ollier, 1986) es la que determina una identidad construida en términos de alteridad, de diferenciación de un otro al que se le deniega toda legitimidad, y a partir del cual, muchos discursos ideológica y política opuestos, pueden convivir unidos bajo el manto de su común “peronismo”.

Y es en este “limbo ideológico” que puede construirse lo que Salas denomina la “visión setentista” de la resistencia⁶³, a partir de la cual las organizaciones armadas justifican su papel dentro del movimiento peronista. Según esta lectura la resistencia había mostrado el carácter heroico de las bases peronistas, pero también habría mostrado su los límites de su espontaneidad, y de sus “objetivos economicistas”, influidos por la dirigencia sindical. Son estos límites los que fundamentan su propia legitimidad, ya que su intervención es imprescindible para hacer efectivo el espíritu heroico del pueblo por medio de la organización. A la vez, Salas señala que se trata de una mitificación del carácter real de la resistencia y, coincidiendo con James (1976), destaca la “ceguera” de los jóvenes peronistas respecto del papel del sindicalismo en la lucha de la resistencia.

Algunos trabajos recientes sobre los 60/70'

Para terminar, mencionaremos, dos compilaciones recientes que abordan el período y presentan algunas ideas sugestivas en relación a los aportes hasta aquí analizados.

En primer lugar, la compilación dirigida por Pucciarelli, de 1999⁶⁴, en la cual, se retoma como hipótesis general, compartida por casi todos los artículos de la compilación, la idea de las elecciones del 73' como punto de quiebre. Sin embargo, modifican su argumentación en el sentido de que no sería tanto la conversión en

⁶³ El peso legitimante y fundante de la resistencia para las organizaciones armadas es también destacado por Melón Pirro. Este autor analiza el lugar que el levantamiento de Valle tiene en la reconstrucción de su identidad de las bases peronistas a partir de la experiencia de la represión posterior al 55, y señala la apropiación y resignificación de Valle, convertido en símbolo de la resistencia peronista por las organizaciones armadas en los 70', especialmente, a partir del acto que lanza a Montoneros a la vida pública: el secuestro de Aramburu. Ver Melón, Julio, (1993), "La resistencia peronista: alcances y significados", en: *Anuario IEHS*.

⁶⁴ Pucciarelli, A. (comp.) (1999), *La primacía de la política*, Bs. As., Eudeba

terroristas de las organizaciones armadas lo que representa el quiebre, sino el hecho de que la actividad electoral canaliza hacia los marcos del sistema político la energía social contestataria desatada por el Cordobazo⁶⁵. En este sentido, lo decisivo sería la incapacidad de estas organizaciones para adaptarse al nuevo escenario, comenzando en consecuencia un proceso de aislamiento respecto de la sociedad.

Cabe destacar el aporte de Tortti (1999), quien, señala el carácter de “sujeto en proceso de constitución”, sin propuestas programáticas claras ni una estrategia unificada, de la movilización social posterior al cordobazo. En este sentido retoma y profundiza la caracterización ya mencionada de De Riz (1981), ya que sostiene que en el contexto de dicha indefinición, el hecho que habría sido central en la fuerza que logran en ese contexto las organizaciones armadas es la fluidez de los contactos entre las bases y los grupos políticos. Y que por esto mismo, dos elementos habrían sido centrales en su posterior decadencia y aislamiento. Uno es la oscilación de estos grupos entre el “basismo” y el militarismo, y otro la fuerte represión que habría profundizado un repliegue en el segundo término.

La otra obra colectiva reciente es la compilada por Tcatch⁶⁶, en la cual cabe destacar el trabajo de Romero⁶⁷, quien señala un aspecto de la movilización similar desde una perspectiva que podemos pensar parecida a la de Tortti. Romero propone que la capacidad de Montoneros para liderar la movilización social del periodo se debió tanto a su capacidad discursiva, como a su “talento organizativo”, gracias al cual habrían logrado penetrar, politizando, todos los ámbitos de sociabilidad (trabajo, barrio, lugares de estudio, etc)⁶⁸.

⁶⁵ En este sentido retoma tanto el análisis de De Riz (1981), como el de otro trabajo pionero en el análisis de este período, el de Cavarozzi. Ver Cavarozzi, Marcelo, (1983), *Autoritarismo y democracia (1955-1996)*, 1º ed. Bs As., CEAL

⁶⁶ C. Tcatch (comp.) (2003), *La política en consignas. Memoria de los setenta.*, Bs. As., HomoSapiens ediciones

⁶⁷ Romero, Luis Alberto, (2003), “La primavera de los setenta”, en: C. Tcatch (comp.), *La política en consignas. Memoria de los setenta.*, Bs. As., HomoSapiens ediciones

⁶⁸ Romero, op. cit., p. 125

Conclusión

Intentaremos señalar, para concluir, algunos puntos centrales de la discusión sobre las características y trayectoria de Montoneros, que nos parecen un punto de partida necesario para pensar el tema.

En primer lugar, la pregunta planteada por James (1976) sobre las posibilidades de desarrollos alternativos es central, y reaparece en muchos trabajos a partir de diferentes perspectivas. Una perspectiva es la que plantean los trabajos centrados en las limitaciones de la IP, que remiten a su vez a las características del escenario político post 55'. Nos parece central la afirmación del carácter realmente "herético", anti statu quo del peronismo en este período, planteada tanto por James (1976) como por Salas (1990). Desde esta misma idea cobra nuevos sentidos el énfasis de Ollier (1986) en la "verosimilitud" de los discursos de peronismo revolucionario, y se resignifica la idea de la autenticidad del convencimiento de los jóvenes peronistas en el carácter revolucionario de este movimiento. Como señala James (1976), en el contexto de la represión y la constante respuesta militante, "todo parecía posible", incluso que Perón fuera (por su voluntad o por la relación de fuerzas) el conductor de la revolución socialista.

En este marco, una segunda cuestión que aparece en los trabajos, el carácter de "auténticas" vs "falsas" de las convicciones sobre Perón y el peronismo, nos parecen en gran parte una falsa disyuntiva. No necesariamente, detrás del discurso adoptado, debería encontrarse una total uniformidad de posiciones, e incluso una profunda ambigüedad al respecto, por otra parte, bastante lógica a partir del carácter contradictorio de la realidad que se pretende analizar (el peronismo). En todo caso, sería interesante intentar percibir las contradicciones o tensiones en sus definiciones del peronismo y del Perón, así como su evolución en el tiempo, y su relación con los propios discursos y acciones de este. En este sentido, las observaciones referidas a la incredulidad, la parálisis, la búsqueda de redefiniciones en su favor, que aparecen en Gillespie (1987) y en otros autores, no parecen una línea de análisis sumamente productiva.

En todo caso, si nos parece relevante el debate en torno a las consecuencias atribuidas a la adopción de un discurso “simplista” por parte de la organización, con lo cual pasamos a un tercer gran tema: la estrategia “movimientista”. Una idea muy fuerte tanto en Gillespie (1987) como en algunos de los trabajos sobre la IP: su carácter de explicación de la estrategia “movimientista” adoptada por Montoneros. En estos trabajos esta elección sólo aparece explicada a partir de las visiones o análisis del peronismo descritos en términos de su “simplismo” o “error”, lo cual parece, en sí mismo, algo simplista. Pensamos que es más productiva la línea de análisis esbozada en los trabajos de Ollier (1986) y Gil (1989), que apuntan a explicar la lógica política a partir de la cual Montoneros define sus estrategias de acción. En este sentido, la idea de que Montoneros son buenos discípulos de Perón, o la de su adopción de su esquema para pensar la lucha por el poder, en la cual este un “espacio vacío a ocupar”.

A la vez, desde esta perspectiva, puede también pensarse lo que Gillespie (1987) explica en términos del elitismo derivado de su origen de clase media, esto es, su modelo organizativo, cuarto tema que nos parece importante. Este análisis nos parece algo esquemático, en el sentido de que partimos de la idea de que toda identidad política (y de eso se trata) es en gran parte construida en un tiempo y lugar determinados y particulares. En este sentido, debe explicarse esta prioridad dada a la capacidad de movilización, por sobre la profundización del compromiso de “los movilizados” con un proyecto revolucionario de largo plazo.

De forma similar, el predominio de la estructura militar, y en consecuencia del sistema jerárquico de mando/obediencia, sería una segunda característica organizativa a explicar. Y en este sentido, para pensar el “militarismo” de Montoneros, nos parece que en el libro de Gillespie (1987) hay una perspectiva muy rica que debería retomarse (y que en parte plantea Tortti, 1999): la de pensar este militarismo como tensión y conflicto constante, en cuyo balance no es secundario es nivel de represión que se enfrenta (como señalan tanto James, 1976, como Gillespie, 1987).

Un último aspecto relevante vinculado a la organización es su importancia como fin en sí misma. En este sentido, a pesar de las valoraciones contrapuestas de los términos utilizados, tanto Gillespie (1987) como Romero (2003) destacan la importancia

atribuida por Montoneros a la organización en como fin en sí mismo, ya sea esto denominado “aparatismo” o “talento” organizativo. En este sentido, cabe destacar que, según la descripción de Salas (1990) de la “versión setentista” de la resistencia, la organización es precisamente lo que se reivindica como la propia contribución al pueblo.

Un quinto tema que nos parece muy importante es el de la “habilidad política”, señalado y desarrollado por Gillespie (1987), y retomado, con menor desarrollo por Ollier (1986) y Gil (1989). Como señala el primer autor, esta habilidad habría sido decisiva en dos elementos centrales para explicar su popularidad: su propaganda armada de 70-72 y su decisión de participar activamente de la campaña electoral, mediante su vuelco a la actividad política de masas. En este sentido, mientras Gillespie (1987) fundamenta extensamente el calificativo de “hábil” para estas decisiones, no se explaya de forma similar en la explicación del mismo. Si explica por el contrario, la pérdida de esta capacidad a partir de la profundización del militarismo de la organización. Por su parte, Ollier (1986) desarrolla con bastante profundidad esta “pérdida”, con su interesante explicación del fenómeno de desplazamiento entre los discursos para convencer, y los análisis políticos propiamente dichos. Encontramos en esta característica un aspecto central para comprender la popularidad de Montoneros, así como su posterior y progresivo aislamiento y militarización.

Por último, caben dos observaciones generales.

En primer lugar, hasta aquí hemos planteado los “temas” relevantes desde una perspectiva que se posiciona, por decirlo de alguna forma, desde “dentro” de Montoneros. Cuál es su visión del peronismo, por qué adopta determinada estrategia política, y determinada forma organizativa, cuáles son las fuentes de su “habilidad política”, y porque pierde esta capacidad. En este sentido, nos parece importante distinguir, analíticamente al menos, entre estos interrogantes y aquellos referidos a por qué esto resultaba atractivo para grandes sectores de la población. No necesariamente, las explicaciones deberían coincidir. En este sentido, ponerse en duda que el atractivo de Montoneros respondiera exclusivamente a que los sectores movilizados compartiesen sus análisis del peronismo, o bien a las características de la organización

o el acuerdo con las decisiones tomadas en cada momento. Podría plantearse, por ejemplo, que el propio peso del “éxito” y la popularidad lograda, fuera un elemento decisivo en el apoyo a partir de fines del 72, y más fuertemente, a partir del triunfo del 73, o bien en el mantenimiento del apoyo a pesar de la disconformidad con ciertas decisiones o discursos.

En segundo lugar, encontramos una tendencia general a las caracterizaciones estáticas y generalizadoras de Montoneros. Esto se debe seguramente al carácter no específicamente dirigido al análisis de Montoneros de la mayoría de los trabajos. Sin embargo, nos parece importante subrayar que, como muestra Gillespie (1987), no sólo la conducción de Montoneros cambia a lo largo de su trayectoria de forma bastante marcada, sino que también existen escisiones que dejan ver líneas internas bastante marcadas y opuestas en sus posiciones, y que hablan de tensiones que sería muy interesante rastrear, para comprender las razones del predominio de una u otra. A la vez, las características organizativas tampoco son las mismas. En este sentido, muchos autores señalan un único punto de quiebre decisivo, sin embargo, hacen referencias a múltiples instancias en las cuales los cambios de contexto inciden en la trayectoria. Sería muy interesante, por lo tanto, analizar en profundidad y sistemáticamente el impacto de los diversos quiebres de un período rico en súbitos virajes y redefiniciones en la evolución de Montoneros a lo largo de los años 70-76.